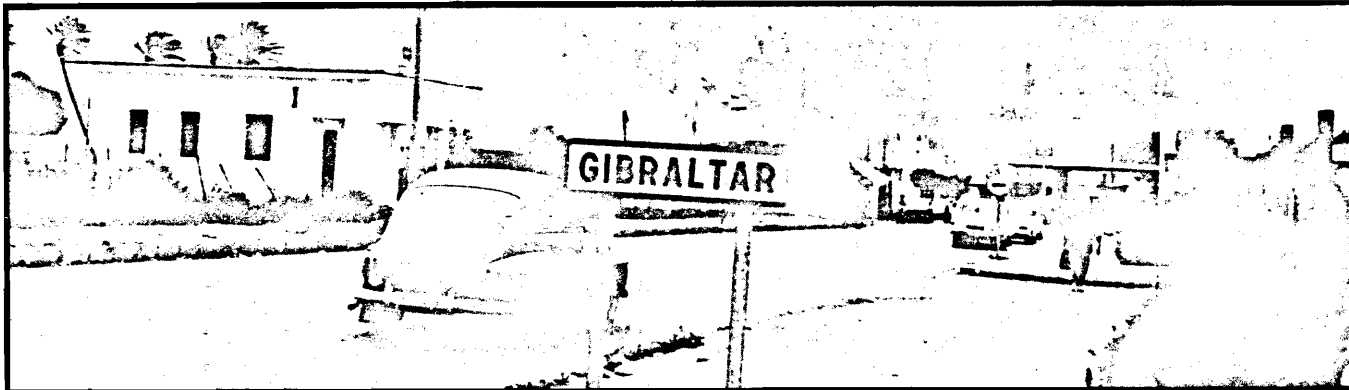


© a Schultz

097/065/128

EDITORIAL

## GIBRALTAR: "CONSUMATUM EST"



○ Todo lo que ha pasado en Londres el día 10 de Mayo estaba ya prefigurado, en sus líneas maestras, cuando se llegó a dar el inaudito comunicado conjunto de noviembre de 1972. Entonces se afirmó, de forma totalmente oficial, que la cuestión de Gibraltar no había "alcanzado todavía el grado suficiente de madurez" que permitiese plantearlo como unas negociaciones formales. Del espíritu de ese comunicado a dar el teatral portazo de suspender indefinidamente las negociaciones mediaba sólo un paso y éste se ha dado. ¿Como signo de dignidad ofendida? Así podría ser interpretado si a continuación del corte en el diálogo se pensase "apretar el tornillo" a Gibraltar. Nada más lejos, al parecer, de la intención hoy prevalente en el Palacio de Santa Cruz. Entonces, ¿cómo interpretar el portazo? Muy sencillo: Como una real y efectiva muestra de impotencia diplomática rodeada de signos equívocos que, por un lado, quieren dejar entrever un endurecimiento de la posición española (no se puede hablar por hablar"); y por otro lado queriendo hacer que se piense que se va hacia la creación de un efectivo "eje Madrid-Londres" en materias militar, diplomática y económica que, en su día, traerían por añadidura Gibraltar a España. "Eje" montado —nada menos— que en oposición y como recambio de la hoy vigente "colaboración" Washington-Madrid.

Una y otra cortina de humo con que se quiere almibarar el desastre diplomático no es más que eso, intento de suavizar con rosadas perspectivas un fracaso de gestión claro y perfectamente constatable.

Con una reiteración tan encomiable como antiperiodística, en CRIBA, se ha seguido el contencioso sobre Gibraltar y en todos nuestros comentarios se anticipó —expresa o tácitamente— el fracaso que hoy se lamenta. No es cosa, pues, de que se diga que los ingleses nos han defraudado; (si tan dispuestos se hallaban a dialogar), ni que hayan provocado un final inesperado. La cuestión estaba muy clara, clarísima, desde el principio mismo de la táctica diplomática que se inauguró después del cambio de 1969. Error que hoy no se quiere reconocer pero que está ahí, para que cualquier desapasionado pueda verlo como nosotros, y tantos otros, lo vimos meridianamente en sus mismos comienzos.

Para que los errores y las derrotas no tengan segundas ediciones hay que manifestar públicamente las ya sufridas y no dolerse de los términos que se empleen para ello. Así, hay que reconocer que el Foreign Office ha encajado una evidente derrota al Palacio de Santa Cruz. Deseosos, sin duda, los altos funcionarios de esta casa de avanzar en el contencioso Gibraltar sin caer en los "Peligrosos cauces diplomáticos" que los anteriores "halcones" que en ella moraron habían impuesto a nuestras relaciones con Gran Bretaña, el equipo de 1969 optó por otros modales. Hoy se constata lo fructífero del cambio. En vez de seguir con la táctica de la "acción directa" y en lugar de replantear insistentemente el caso ante las Naciones Unidas se renuncia a lo primero y se abandona ese inapreciable foro mundial a cambio de la promesa verbal de los ingleses de dialogar sobre la Roca. Se dialoga, se piensa juntos y se vuelve a dialogar. Para seguir dialogando no se aprieta ya el dogal como antes se hacía; incluso se deja entrever oficiosamente que hay progresos, que no hay nada para conseguir las cosas que uno desea como mostrarse tolerante, afable y comprensivo. ¡Al fin y al cabo, también hay que cuidar la clientela electoral de los conservadores, no vaya a ser que los desbanquen los socialistas y ya se sabe cómo con éstos todo diálogo es imposible! Después,

como otra concesión más en pro de ese clima diplomático tan grato, se llega a la declaración conjunta de noviembre de 1972. Al llegar a este punto, hasta para el menos conocedor de los ingleses, estuvo ya claro que la partida la había ganado Douglas-Home. La ruptura de mayo de 1973 lo ha evidenciado. ¿Se podía creer ni siquiera en sueños que los ingleses iban a ceder algo tan importante para ellos como es Gibraltar sólo mediante palabras y más palabras, sin que éstas fuesen respaldadas por unos hechos que a ellos les afectasen sustancialmente y sin que estuvieran convencidos de que se estaba dispuesto a llegar en esos hechos hasta el límite que fuese preciso? Si así se creyó, si se confió en el valor que los ingleses dan a las palabras, tremenda ingenuidad y tremenda y no disculpable pretensión la de confiar tan excesivamente en la propia capacidad dialéctica.

Sin demagogias y sin tremendismos hay que afirmar que el 10 de mayo de 1973 se ha perdido otro siglo en nuestra reivindicación sobre Gibraltar. Ahora ya no se puede replantear el caso ante las Naciones Unidas porque, si éstas urgieron en su día a Inglaterra para que entablase prontas negociaciones, la potencia requerida puede alegar que ya se ha dialogado y que la propia potencia requirente, España, además de cortar ahora las conversaciones había admitido meses antes que no se había alcanzado el grado suficiente de madurez que permitiese el comienzo de unas negociaciones formales. ¿Nos percatamos de la habilidad inglesa y de nuestra ingenuidad aldeana?

Hubo un momento en que la presión contra Gran Bretaña fue tan fuerte y tan malparados iban y estaban quedando los ingleses ante el mundo entero que Londres —por medio de su prensa más seria y adicta—, insinuó la posibilidad de entregarnos la soberanía del istmo, incluso con el aeropuerto en él situado. Estaba claro que era una maniobra dilatoria o el intento de ceder parte para no tener que ceder el todo, pero la insinuación también evidenciaba el grado y la cuantía de molestias que en el Foreign Office se sentían. Ahora, en mayo de 1973, recordando esta anécdota nos podemos dar cabal cuenta de lo que se ha retrocedido desde 1969.

¿Qué hacer tras el fiasco? Parece ser que después del "pensar juntos" y del "trabajar juntos" debe venir lo del "reflexionar por separado". ¡Vamos, algo así como lo que se hacía antes de que Castiella presentase su memorándum en Londres! ¡Cuán rica semántica la que en estos años se emplea para definir —a falta de otros datos más positivos—, nuestra política internacional!

Ahora se insinúa que como sustitutivo de las Naciones Unidas se empleará Helsinki cuando se analice el problema de las bases extranjeras en el Mediterráneo. ¡Otra ingenuidad más! En Helsinki a lo sumo se podrá obtener el asentimiento a nuestras razones de tan sólo el bloque comunista. En la O.N.U. el apoyo fue —y hubiera podido seguir siéndolo—, del mundo entero.

Las soluciones no hay que inventarlas. Todo el mundo las ha proclamado. Lo que no abunda, por lo que se desprende de los hechos, es el talante político adecuado para acometerlas. El fracaso ante Gibraltar a renglón seguido de los problemas no resueltos con Marruecos (dos muestras bien recientes de nuestra actividad diplomática), evidencian cuanta razón nos asistía desde CRIBA cuando, números atrás, recomendábamos una revisión profunda de nuestra política exterior. Con todo —sin excluir nada—, de lo que esta frase en sí misma significa. Eludir o aplazar esta necesidad es seguir exponiendo a España ante nuevas situaciones posibles de franco ridículo internacional.